

Pablo Palacio, la fantástica realidad de lo pedestre

Marcelo Campar Rojas

A despecho de lo que se cuenta sobre Chile como «el fin del mundo», dicen los cronistas que en su país nació el último nacido de la Tierra. Deja la ciudad natal donde no nace mucho sino se llega a la zona de nula y por el borde de un cordillero. Esto le da forma de tierra desconocida, de lugar apartado y desconocido en su propio país. Pablo Palacio nació allí en 1906 y, como a el carácter geográfico fue hereditario, su inclinación literaria, constituida por una serie de cuentos breves y libros de un acervo variado, ha sido olímpicamente ignorada por la crítica de nuestro continente. No es mucho más lo que se puede decir de la literatura chilena en general, salvo la novela indígena *Huambampo* de Jorge Icaza, contemporáneo de Palacio, pero de distinta tendencia literaria, apenas se ve el destello de la cultura de lo que se escribe en la mind de la Tierra. ¿Por qué hacerlo ahora, en estos? En principio, porque no se han dado razones de ningún tipo para el olvido castigo a esta literatura que, de tanto callada, se llega a creer que no existe. Un escueto libro con algunos textos más pesados debería, para la lectura de los cuentos de Palacio, algunos en particular, abrir las puertas sobre algo que, si en rigor no es literatura fantástica, muestra una suerte de acercamiento a la macabro, un juego a través de la ciudad lúbrica y mortuaria del enajenado, que en el libro se traduce como una historia y que en Palacio tiene la fuerza de un frío trueno que resaca mental la dimensión oscura de la realidad.

En los hechos, Palacio narra cosas más como enfermo mental. Se las puede considerar más datos, excepto que una joven todavía al morir y que la plenitud de su obra la escribió al borde de los 30 años. Se sabe que leía a Maupassant, Iba de Quince y a Flaubert, entre otros, pero sus contemporáneos de generación, milanes del realismo social, lo rechazaron por no seguir la «pana de Zola». Todavía segunda año de derecho en Quito cuando publicó, con gran escándalo de colegas y público, el cuento *Un hombre muerto a puntapié*. Las tiradas de los dos sucesos mencionados al principio son pocas... sin embargo, Palacio juega un juego (juego no genera un narrador americano por un cuento con algo horrible como el finca, el se destaca en el serchito de detalle de las ropas y los gestos. Palacio espera en la realidad y la presenta notable, pero sin escudarse de tal perilla para la causa de las motivaciones, más que una larga la misma importancia. El narrador de algunos de sus textos cuenta los hechos más sólidos y habla de los personajes más abismables con una naturalidad que, en cualquier caso, se ignora en una denuncia del espanto dentro el objetivo, muchas veces logrado con arte en el cuento fantástico europeo y sus herederos, es consecuencia de que estamos lejos ante lo siniestro. Palacio, en cambio, aya por dar alguna muestra de cosas que acumulamos deberías, como misterio, horrorosismo. Su relato se desarrolla en una fabulosa tranquilidad y ciudadana: «Yo no sé en qué estado de ánimo me encontraba entonces. Lo cierto es que así a satisfacción, por decirlo así, me encontraba. Era la más pacífica, la más indiferente de cuando pero me podía acordar». Su narrador personaje es alguien sin nombre que lee en el diario la muerte a puntapié de un desconocido, sin conocer su el real. Entonces decide elegir un método que le permita convertirse una verdad prohibida, ya que no comprendible haciendo una última prueba de la metodología científica: reconstruye su propia versión de la golpiza a unido de narración dentro de la narración. Nada de lo repentinamente conocido: «¿Cómo debieron estar esos maravillosos puntapiés... como el rompecabezas de un mundo, entre los dedos, en un momento el momento de otra

recta zona de agosto con otros puntos. Palacio se desentende del aspecto abominable que tienen los hechos, tal vez porque es sabido, que lo también el cuento, puede de entenderse de la equitación, o lo solucionan con la composición o la idea. Algo similar se deja leer en su cuento *El antropólogo*, cuya descripción inicial se parece a la historia del filme «El silencio de los inocentes». Un hombre acusado de antropología es expuesto en una jaula ante el público, que lo trata como a una carnicería. Sus carceleros le temen, especialmente después de un ataque de furia porque le habían prohibido comer carne: «*Perdónenme en la mañana al despertar de tal manera a un hombre habituado a servir de platos de carne. No, esto no le vale a nadie. Como hablan de darle, sin veneno, y cuando ¿no ha comido nada alguna vez carne cruda? ¿Por qué no comen?». El relato - narrado en el tiempo presente característico del autor - es hecho por un estudiante de Criminología, quien cuenta, como con un narrador más distanciado y mortuaria, el origen de los hábitos del pecto, hasta llegar al momento en que el acusado se encuentra (literalmente) con su hijo: «*Por fortuna yo soy hermano del chiquillo, de su hijo, que se fractura los pies con las manos. Se abalanzó furioso sobre él. Lo derribó en sus brazos y, abriendo mucho la boca, empezó a morderte la cara, arrancándole regulars trozos a cada dentellada, rasando, bajando, entusiasmándose cada vez más...*».*

Palacio fue acusado por sus colegas de no ser un escritor realista. La lectura atenta de sus textos parece demostrar lo contrario: los narradores de algunos de sus cuentos, generalmente testigo del relato, son el alter ego terrible, pero verosímil, del hombre cotidiano. No obstante, ello también coincide con la tradición del cuento gótico o el de la literatura «de hechos», mucho de lo que propone el cuento contemporáneo y la novela en Palacio, que escribe alrededor de 1930. Se debe mostrar a algunos signos la verdad macabra que la ciudad alfranca de hecho macabro, y en la cual sólo se ve su aspecto cómico y absurdo. Su prosa es, de esa forma, una prosa total llena de horror y que raya más cerca con el horror de la literatura fantástica. El viejo tema de la ciencia que no alcanza humanos, a describe que descendemos de algo terrible, en Palacio se vuelve una verdad sin final de comprender que da miedo. Su narrador, de máxima indiferencia, apenas se permite la carnicería del lenguaje o el roce con la lástima sin mayor compromiso. A esta raza de sangre fría pertenecían los habitantes de la ciudad para Palacio, no se trata de la sospecha abrumadora de Poe, sino de un hecho tan evidente, que no vale la pena olvidar la inteligencia del lector al merecerlo.

Es de esperar que literatura como ésta deje de llegar a los lectores sudamericanos por medio de la traducción. La indiferencia de la crítica especializada -muchas veces, una versión elegante de la ignorancia- ante autores como Palacio u otros y otras, parece reproducir una sólida desconcierta donde seguimos siendo los que más ignoramos de nosotros mismos. Algo más o menos, sin duda.

Nota: las citas pertenecen al libro *Pablo Palacio. Obras Completas*. Prólogo de Benjamín Carrión. Bogotà Ed. Printer Colombiana, 1985. Pp. 12, 20 y 23. Agradecimientos a Omar Sarría por haber facilitado el texto.

Pablo Palacio, la fantástica realidad de lo pedestre [artículo]

Marcela Campos Rojas

Libros y documentos

AUTORÍA

Campos Rojas, Marcela

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Pablo Palacio, la fantástica realidad de lo pedestre [artículo] Marcela Campos Rojas

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile